

Cathy Hopkins

Estoy sola...
¿y qué?



1

Vacaciones de verano

—Ésta debe ser la mejor sensación del mundo —dije a Nesta mientras salíamos de la escuela el último día de clases.

—Sí —respondió—. Seis semanas sin la señorita Watkins... Seis fabulosas semanas con Simon antes de que se vaya a la universidad.

—Y, para mí, seis semanas con Ben —agregó Izzie, tomando a Nesta del brazo—. Ahora que tendremos tiempo, vamos a trabajar en un montón de canciones para la banda.

—Y supongo que a ti te veremos mucho por casa —le dije a T.J. Hace algunas semanas que sale con mi hermano mayor, Steve, y los dos están completamente enamorados.

—¿Y tú, Lucy? —preguntó Nesta—. ¿Por fin le darás una oportunidad a mi hermano? Llevas meses evitándolo. No creo que su ego pueda soportar mucho más.

¿Seis semanas con Tony? La idea era atractiva y pensé que ya estaba lista para tener una relación “de verdad” con él. Hacía muchísimo que nos gustábamos y habíamos salido por un tiempo este año, pero decidí terminar porque me parecía que estábamos yendo demasiado rápido. Después de eso, hubo mucha onda entre nosotros cada vez que lo veía en casa de Nesta, y volvió a invitarme a salir algunas veces, pero yo siempre decía que no. No era que no quisiera salir con él. Es guapo, divertido y me encanta su compañía; es sólo que tiene cierta reputación en

cuanto a las chicas. Nesta me había advertido que llegó a salir con una distinta cada semana. Dice que le gusta perseguirlas, y las deja apenas se muestran interesadas. Entonces yo tenía que andar con cuidado; si no, ya estaría en su larga lista de ex novias y corazones rotos. Pero hacía casi nueve meses ya que nos conocíamos y él seguía intentándolo, diciéndome que era la única, el amor de su vida. Pensé: *puedo confiar en que no va a tratarme mal.*

Sonreí y saqué un sobre de mi mochila.

–Lo sé –respondí–. Últimamente he estado pensando mucho en él. Y tomé una decisión.

–¿Cuál es? –preguntó Nesta.

–Le escribí una tarjeta. Le digo que basta de dar vueltas. Que me gusta mucho y que quiero estar con él.

–Ya era hora –dijo TJ–. No sé cómo pudiste aguantar tanto. Creo que yo habría caído rendida a sus pies en la primera invitación –luego su rostro se ensombreció–. Eh... quiero decir, no me refiero a que te lo robaría ni nada; sólo digo que me parece súper lindo.

Le di un apretón cariñoso en el brazo.

–Te entiendo, TJ. Pero a los chicos como Tony les gustan los desafíos.

–Bueno, ¿cuánto hace? –preguntó–. ¿Ocho... nueve meses que vienes haciéndolo sufrir? Eso me parece suficiente desafío para cualquier chico.

–Apenas puedo creerlo –dijo Izzie–. El año pasado, ninguna de nosotras tenía novio. Y este año, todas tenemos.

–Aún no es seguro –objeté.

–El año pasado, a esta altura, ni siquiera me habían dado un beso –recordó TJ.

–Y ahora, no hay quien te detenga –bromeó Nesta–. Eres la Reina del Beso del norte de Londres.

Hace un año, a mí tampoco me habían besado. Tony fue el primero. Ésa era otra razón por la cual yo quería ir despacio. Para no atarme

al primer chico que había besado. Quería probar con otros y ver cómo eran. Ya he conocido a otros. Nadie importante ni ninguna relación sería. De hecho, ninguno se pudo comparar a Tony. Él sigue provocando en mí el mismo efecto cada vez que lo veo. Me da un vuelco el estómago, me pongo toda acalorada y me ruborizo.

–No estarás haciendo esto sólo para no ser la única distinta, ¿verdad? –preguntó Izzie, señalando mi carta.

–Es que sí lo soy –bromeé–. Todas ustedes son altas, morenas y tienen el pelo largo; y yo soy bajita, rubia y de cabello corto.

–No. Yo soy la distinta –insistió Nesta–. Soy la única de piel oscura.

–No, yo soy la... –empezó TJ.

–Me refería a la única que no tiene novio –interrumpió Izzie.

–No, claro que no –respondí–. Creo que ya estoy lista y quiero ver qué pasa. En verdad, quizás estaba evitándolo por miedo al rechazo. Ya saben cómo es él...

Izzie asintió.

–Sí, y tienes razón. No puedes dejar que el miedo te detenga.

–Estoy leyendo un libro –comentó TJ–. De un tipo llamado D.H. Lawrence; es sobre una señora rica que se enamora de su jardinero.

–Ah, ¿una novelita romántica? –preguntó Nesta.

Reí. Era típico de Nesta. Su idea de la lectura consiste en hojear las revistas de chimentos. TJ, en cambio, lee todo; pero libros de verdad. Por eso se lleva bien con mi hermano Steve. Él también es un intelectual.

–Eh, no, no de ésas –respondió TJ–, pero sí es una historia de amor. Se llama *El amante de Lady Chatterley*. El caso es que dice algo que me gusta mucho. ¿Quieren oírlo?

Todas asentimos.

–No recuerdo las palabras exactas –dijo– porque no lo anoté, pero dice algo como: “Es mejor una vida de riesgo y oportunidad que una vejez de vanas lamentaciones”.

–Sí, genial –dijo Nesta–. Estoy de acuerdo. En la vida, no se logra nada si no se intenta.

–*Siente el miedo y hazlo de todos modos* –acotó Izzie, citando el título de su libro de autoayuda preferido.

–Y ¿qué le escribiste en la tarjeta? –preguntó Nesta.

–Eso es asunto de Lucy –la reprendió Izzie–. No seas tan entrometida. Nesta puso cara de ofendida y le sacó la lengua a Izzie.

–No se lo pregunté por metida. Sentí el miedo y lo pregunté de todos modos. Uno no averigua nada si no pregunta lo que quiere saber. Entonces... Lucy, cuéntenos lo que le dijiste.

Yo me sabía la nota de memoria, porque la había reescrito muchas veces. Quería que sonara bien: romántica pero no empalagosa, algo que él pudiera conservar como recuerdo.

–La escribí como uno de esos poemas japoneses –respondí–, ¿se acuerdan? Los que tienen apenas tres líneas, que vimos el trimestre pasado en clase de Lengua. Los haikus.

–Salud –dijo Nesta.

–No –repuse–. Los poemas. Se llaman haikus.

–Como sea –insistió Nesta–. Entonces, ¿qué le escribiste en tu estornudo?

–“No estoy cambiando, sólo reacomodando, mi vida para estar contigo.”

–Ahh –dijo TJ–. Qué dulce.

–Sí –dijo Izzie–. Deberías venir a ayudar a la banda con las letras. ¿Qué más le escribiste?

–Le puse: “Perdón por hacerte sufrir este último año, pero ahora estoy lista. Sé que tenemos algo realmente especial y quiero intentarlo. Llámame”. No quería sonar pesada, ¿saben?

–Me parece perfecto –opinó TJ.

Respiré hondo y, al pasar por un buzón de correos, eché la tarjeta adentro.

–Lady Chatterley y yo. Nada de vejez de vanas lamentaciones para nosotras. Le puse una estampilla de envío expreso, así que debería recibirla mañana por la mañana. Uf... Ya no puedo echarme atrás.

–Todo saldrá bien –dijo TJ–. Creo que harán una pareja fabulosa y podremos hacer muchas cosas juntos: jugar al tenis, ir al cine. Será genial.

–Bien –dijo Izzie–, entonces lo de Lucy ya está resuelto. Pero los chicos no son todo en la vida. Pongámonos otras metas para las vacaciones.

Típico de Iz. Siempre se está fijando objetivos, e insiste en que nosotras hagamos lo mismo. Dice que es importante pensar en lo que se quiere en la vida, y luego visualizar que se cumpla. Yo ya “visualicé” mis vacaciones con Tony, divirtiéndonos mucho. Mi primera relación sería. Sería excelente. Basta de preocuparme por conseguir un chico o averiguar dónde buscarlo. Y si realmente me gustó o si yo le gusté. ¿Llamará o debo llamarlo yo...? Vendría bien un poco de estabilidad para todas nosotras. Podríamos simplemente pasarlo bien juntas, salir en parejas y no tener que preocuparnos porque alguna esté sola.

–¿Y bien? –preguntó Izzie, mirándonos a todas, cuando llegamos a la parada del autobús. Cuando Iz emprende una de sus campañas de auto-superación, no hay discusión posible–. Vamos. ¿Buenos propósitos para las vacaciones de verano?

–Los propósitos son para Año Nuevo –protestó Nesta, echándose el pelo hacia atrás–. Se hacen el primero de enero y se abandonan alrededor del diez.

–De acuerdo, yo tengo cuatro –dije–. Primero: pasar con ustedes el mayor tiempo posible. Segundo: ya lo saben: Tony *et moi*. Tercero: dejar de ruborizarme.

–A mí me encanta que te ruborices –intervino TJ–. Es muy dulce.

–Noooo –repliqué–. Es horrible. Me siento estúpida y todos me miran como si fuera una nena.

–Nadie se da cuenta –la tranquilizó Izzie–. ¿Y el cuarto?

–Voy a hacer camisetas –respondí–. Como ésas que venden en el Mercado de Camden. Las que tienen frases divertidas.

–Y ¿qué van a decir las tuyas? –preguntó TJ.

–Aún no lo sé. Voy a empezar a coleccionar buenas frases durante las vacaciones.

Justo en ese momento llegó el autobús, de modo que la charla se interrumpió mientras subíamos. Era fantástico estar viva. Habían terminado las clases. Brillaba el sol. Había luz hasta las diez de la noche. Al fin me había decidido a enviar mi tarjeta, y estaba ansiosa por ver la reacción de Tony.

–¿Qué hay para cenar? –le pregunté a mamá al llegar a casa.

–Hamburguesas de tofu, brócoli y arroz –respondió, levantando la vista desde la mesada, donde estaba cortando cebollas–. ¿Quieres ayudarme?

Puaj, tofu, pensé, mientras dejaba mi mochila en el vestíbulo y entraba a la cocina. Ojalá mamá cocinara platos normales alguna vez. Mi papá tiene una tienda de alimentos naturistas, de modo que siempre comemos lo que él trae. Sé que es bueno para la salud y que uno es lo que come, bla bla bla, pero mi fantasía secreta es que una tarde al volver a casa descubro que hay patitas de pollo, hamburguesas de carne y patatas fritas. Es gracioso, porque la fantasía de Izzie es comer como nosotros. Le fascina la comida naturista, el tofu, la soja y la quinoa. A veces pienso que deberíamos cambiar de padres. A Izzie le encantaría vivir aquí; de hecho, casi lo hace, pues viene muy a menudo. A mí me gusta vivir aquí, pero en cambio, mataría por cenar en casa de Nesta. Su papá es italiano y prepara unos platos de pastas espectaculares, y su mamá es caribeña y hace un pescado con especias y guisantes que es una delicia. Lo asombroso es que Nesta es delgada como un espárrago. Creo que, si yo viviera en su casa, estaría gordísima, así que tal vez sea bueno que tenga padres extraños que preparan comidas raras.

De pronto, se me ocurrió un buen propósito para las vacaciones.

–Mamá, ¿y si este verano yo preparo la cena algunas veces?

–Me parece una buena idea –respondió, con una gran sonrisa.

–¿Puedo traer los ingredientes también?

–Claro –dijo mamá.

Justo en ese momento, sonó el teléfono.

–¿Lo que yo quiera? –le pregunté, mientras salía al vestíbulo y levantaba el auricular. Era Tony.

–Hola –dijo–. ¿Qué harás más tarde?

–Nada –respondí–. Nada durante seis semanas enteras. Hoy terminamos las clases.

Decidí no mencionarle la tarjeta. Quería que fuera una sorpresa cuando la recibiera por la mañana.

–¿Tienes ganas de que nos veamos? –preguntó–. Quería hablar contigo.

–¿Sobre qué?

–Por teléfono, no. Te veo en *Raj's*. Highgate. En media hora.

–Espera, le preguntaré a mamá –dije, y tapé el tubo con la mano–. ¿Puedo salir un rato? No volveré tarde, lo prometo. A la vuelta, lavaré los platos.

–¿Cómo puedo negarme, si me lo pides así? –respondió mamá–. Te dejaré la cena en el horno.

–Nos vemos en media hora –le dije a Tony.

Colgué el teléfono con una expectativa deliciosa. Yo sabía lo que quería decirme. *Él siente lo mismo que yo y quiere definir las cosas*, pensé, mientras corría a mi habitación y me ponía mis jeans y una camiseta. Un toque de brillo labial, un poco del perfume *Angel* que me regalaron las chicas para mi cumpleaños, y corrí a tomar el autobús a Highgate. Estaba entusiasmada. Durante el viaje decidí que lo dejaría hablar y me mostraría indiferente; le diría: “No sé, tengo que pensarlo”. Y por la mañana, recibiría mi tarjeta y vería que yo también quería lo mismo. Todo estaba saliendo a la perfección.

Cuando llegué a *Raj's*, él ya estaba en el primer piso, sentado en el rincón, leyendo uno de los libros antiguos que hay en los estantes. Cuando entré, levantó la vista y sonrió y, como me pasa siempre que lo veo, mi estómago dio un vuelco.

–Te cortaste el pelo –observé.

–Se llama corte francés. ¿Te gusta?

Sí. *El cabello tan corto no les queda bien a muchos chicos*, pensé. *Hay que tener lindos rasgos y buena forma de cabeza*. Claro que Tony tenía ambas cosas. La belleza le viene de familia. Nesta es fácilmente la chica más bonita de nuestra escuela, y es probable que Tony sea el más apuesto de la suya. Moreno, con ojos pardos como adormilados y pestañas largas.

–Podéis tomar asiento –dijo, sonriendo, mientras me acomodaba. Yo también sonreí. Siempre decíamos eso, pues todos los asientos son viejos bancos de iglesia y parece que uno estuviera en misa–. ¿Quieres té o algo frío?

–Una *Coca* estaría bien –respondí, mirando alrededor. Me alegré de que hubiera elegido este lugar para encontrarnos. Es el preferido de TJ, y mío también. Ella dice que, cuando viene aquí, se siente como si estuviera en el pasado, por la decoración. Es distinto de todos los otros cafés de la zona: tiene carácter propio, con bancos de iglesia, mesas pesadas de madera y estantes cargados de libros interesantes.

–¿Qué estás leyendo? –le pregunté.

Tony señaló los estantes.

–Un libro antiguo de historia. Aquí tienen una colección muy rara, desde libros de cocina hasta Dickens. Pero todos parecen viejísimos.

–Igual que los adornos –dije, indicando una estatua descascarada de un marajá indio que estaba en el rincón, por encima de la cabeza de Tony. La habían acomodado junto a una estatua de Buda–. De hecho, se parece un poco a la sala de mi casa, con un montón de cosas que no hacen juego.

–Sí –respondió Tony, observando dos trompetas de bronce que colgaban del cielorraso–. Es bastante loco. Pero creo que por eso mismo me gusta.

Pasamos algunos minutos conversando sobre todos los objetos extraños que veíamos: las muñecas rusas y el avestruz de juguete que había en un estante, los flamencos de bronce y los elefantes de cerámica en otro, las viejas fotos en sepia colgadas de la pared, mezcladas con unos dibujos en tinta enmarcados. Me sentía tan cómoda, sentada allí con él, que pensé que iba a ser difícil no contarle sobre mi tarjeta y mi *decisión*.

–Bueno, ¿querías hablarme de algo? –le pregunté, por fin.

–Eh, sí –respondió Tony, mientras el chico que atendía el mostrador dejaba su computadora y se acercaba a tomar nuestro pedido–. Pero antes, dime cómo estás. Así que terminaron las clases, ¿no?

–Sí. Es la mejor sensación del mundo.

–Y ¿qué vas a hacer en las vacaciones?

Lo que yo había pensado. Iba a invitarme a salir con él.

–Bueno, no tengo planes definidos –respondí, mirándolo a los ojos de un modo que me pareció significativo–. ¿Tienes alguna idea?

Tony se encogió de hombros.

–En realidad, no. Es decir, Lucy... ¿Cómo puedo decirte esto...?

Tuve un impulso de tomar su mano, explicarle que ya sabía lo que quería decirme y que yo sentía lo mismo. Pero Nesta me había entrenado bien. Mantente indiferente. No seas demasiado fácil.

Tony respiró hondo.

–El caso es, Lu, que... bueno, hace mucho que estamos saliendo de a ratos y quisiera definir las cosas entre nosotros. No es justo para ti ni para mí. Tenemos las vacaciones por delante y es como un nuevo capítulo, para los dos, entonces... nada, pienso que, eh... quizás deberíamos empezar de cero.

–¿Empezar de cero? ¿Qué dices? –no lo entendía.

–Bueno, no es que seamos novios, ¿verdad? Nunca lo hemos sido en realidad.

–No. No, claro que no.

¿Acaso iba a pedirme que lo fuéramos ahora?

–Y estuve pensando –prosiguió Tony–, ¿y si, por ejemplo, tú conoces a alguien durante las vacaciones, o si yo conozco a alguien? Es confuso. Es decir, nuestra situación... tú y yo. Bueno, no estamos libres pero tampoco estamos realmente comprometidos.

–No, es verdad.

–Entonces, ¿qué te parece? –preguntó.

–No sé si te entiendo –respondí–. ¿Estás diciendo que quieres comprometerte o que quieres salir con otras chicas?

Tony cambió de posición, incómodo.

–Que quiero ser libre –dijo, por fin.

–¿Estás dejándome? –le pregunté.

–No. No, claro que no; ¿cómo puedo dejarte si nunca fuimos realmente novios?

–Pero...

Extendió la mano para tomar la mía, pero la aparté. Me sentía dolida. Confundida.

–Mira, Lucy, no es que nunca te haya invitado a salir; es que siempre me rechazabas.

–Entonces no sabía lo que sentía –murmuré–. No estaba rechazándote, sino...

–No estoy dejándote. Estoy poniendo las cosas en claro, para que los dos sepamos dónde estamos parados. Podemos seguir siendo amigos.

¿Amigos? Yo sabía muy bien lo que significaba esa frase “Podemos seguir siendo amigos”. Quiere decir: se acabó. Fin. Yo no quería que fuéramos amigos. No quería enterarme de que era más que amigo de otra chica. Miré su boca ancha y sensual. Ya no podría besar esa boca.

Sentí que los ojos me ardían. Estaba a punto de llorar, pero no iba a hacerlo allí. No quería que viera lo mal que me sentía.

–Tengo que irme –dije, y me puse de pie.

–Pero ¿y tu *Coca*? –lo oí preguntar, mientras llegaba a la puerta y bajaba la escalera a los tropezones.

–Tómala tú –murmuré por encima de mi hombro. Un solo pensamiento ocupaba mi mente mientras corría a casa. Tengo que llamar a Nesta para que mañana reciba al cartero antes de que Tony vea esa tarjeta estúpida, estúpida, estúpida.

